



EX LIBRIS

EX LIBRIS

Marcos Rosenzvaig

CABEZA DE TIGRE

La patria que nos robaron



El disparo resuena en el aire y un cuerpo se desordena en la caída. Los pies rozan la humedad de la bañera. La luz aún se filtra en los ojos cerrados. *¡Qué vergüenza haberme orinado!* Gotas de sangre como una runfla de corazones avanzan y se pierden en la rejilla. Los perros descargan el pánico rasguñando la puerta de entrada. Un aullido esquelético, luego la calma. Un velo opalino cubre al hombre de recuerdos como sombras de lo vivido: la llegada a la casa, lo narrado a sus hijos, el disparo y el relincho. Sube un cosquilleo por la cabeza. *¿Se habrá acordado Ana de fumigar como le pedí? Cuando las hormigas avanzan pueden hacer cualquier cosa. He escuchado hablar de hombres comidos por hormigas.*

Un sabor amargo en la boca reseca la lengua. El hilo rojo mancha el velo y avanza incansable desde la sien, le rodea el cuello y teje un nudo vaquero en los pulmones. *Me hubiese gustado conocer el mar, ser pescador y regresar con el olor de las redes y el color de los zainos en la piel. Tener el cuerpo endurecido, hecho de acantilados feroces y de la violencia de las olas, capaz de nadar hasta islas desconocidas y bucear un diamante en el océano. En lugar de eso tengo este cuerpo de seminarista que con los años se fue desensillando en la rudeza del campo.*

La puerta se abre abruptamente. Ana se abalanza. Un gesto excesivo de alarido. La paraliza la suma de cosas por hacer. Solo atina a arrodillarse y tomarle el pulso. Los hijos

tiemblan en el rellano. El hombre, que se llama José Antonio Grimau, los espía como a través del agujero de un telón. No logra establecer si esa noche llegó a contarles el cuento de Cayetano, quizá sea la confusión del momento. La mirada los duplica hasta que se desvanecen. Entonces recuerda que un mes atrás los había llevado a Buenos Aires, al cementerio de la Recoleta, a visitar la tumba del ilustre antepasado. Caminaron casi toda la tarde sin éxito. Él vivió esa contrariedad como una ofensa y se dirigió a la administración a exigir la ubicación de la tumba del teniente Cayetano Grimau y Gálvez. Los recibió un hombre de joroba prominente. Los chicos esperaron cerca de la entrada frente a una máquina de escribir. El empleado buscó al oficial por año y mes de defunción en libros de gran tamaño. Una larga hilera de fallecidos en letra cursiva se extendía longitudinal sobre el papel grueso y amarillento: nombres, edades y causas de muerte. El silencio de la pluma.

Una fotografía mira a los ojos; un nombre escrito carece de mirada.

Sus restos habían quedado fuera del cementerio, extrañados entre huesos y cenizas mezcladas de indigentes y víctimas de la fiebre amarilla. Cayetano Grimau, confundido en los carros desvencijados tirados por caballos cansados que volcaban los cadáveres, uno encima del otro, como en una baraja. Tantos, que los enterradores apostaban para ver cuántos entraban en el mismo hoyo. En ese deshuesado de tripas, en medio de esa multitud anónima, Cayetano había desaparecido.

—Mientras los tenga en mis libros, están vivos —dijo el empleado con un esbozo de sonrisa de maniquí.

Pero José Antonio intuía que la muerte es la nada, que la nada es algo, tierra, y la tierra es la osamenta del mundo. Finalmente, es mejor ser tierra que descomponerse por la acción del aire. *¿La acción o la inacción?* pensó mirando los ojos turbios del empleado que se movía como un cuerpo abandonado por el alma.

Ahora José Antonio siente el suelo frío bajo los pantalones mojados y se imagina que cabalga y cruza el río. En el recuerdo

se confunde con Cayetano. *¿Quién soy? ¿Un niño? ¿Un viejo moribundo?* Registra que ya no siente los pies. *Esos que abrigan a los tuyos durante las noches, Ana. Necesitabas tanto abrigo...* La pérdida de sensibilidad sube, alcanza las manos, el torso y finalmente la cara. *No entiendo por qué mi mente puede lo que mi cuerpo no. La muerte es un ser solitario. Nadie más puede entrar. Nadie puede decir ego te absolvo, porque no hay perdón para los suicidas.*

Abre los ojos temiendo que los hijos no estén allí, temiendo que la mano de Ana lo haya abandonado. Pero no. Todo está quieto como calcado, una imagen fijada para siempre. *Quiero recordar como el día más bello de mi vida. Quiero recordarme joven.*

Los dedos largos y pálidos se acercan a su frente sudorosa, caliente, y son ellos, los dedos de Ana, que luchan inútilmente. José Antonio se apena por no poder reaccionar a tanta aflicción, por no responder a tanto amor en sus manos. *Qué voy a hacer. Sí, piensa todavía, aunque el aire se resista, aunque no pueda ya colarse entre las rendijas porque al parecer las ventanas se cierran y la oscuridad las sella para siempre. A veces, es necesario que pasen cosas tremendas para retornar sobre los pasos y quitar el polvo de los hábitos endurecidos del alma que esconden el amor debajo de la cama. ¿Por qué no pude pensar esto? ¿Por qué ahora?*

En algún lado leyó que lo último que muere en un hombre son sus oídos. Aún escucha todo lo que lo rodea: el llanto de Ana, los niños e incluso el programa radial de música clásica que Ana estaba escuchando en el dormitorio. El hilo rojo continúa tejiéndose, sale por los labios y da una vuelta. Enrosca al cuerpo del otro lado, por el lado que José Antonio ya no puede mirar. Las manos de Ana, como si no se convencieran, continúan cayendo inútiles como una guillotina mocha sobre un cuerpo vacío. *¿Qué indigna es la muerte!*

Dicen que los valientes mueren con una mancha húmeda en el pantalón militar; José Antonio agonizaba meado por entero. Ahora dudaba de ser él mismo. ¿O era Cayetano Grimau quien moría? Un minuto después se aclaró todo. Acaba de hacer lo

que tendría que haber hecho Cayetano cuando se malogró la misión y volvió a Buenos Aires humillado, cautivo, abochornado por un grupo de matones. *Él debió hacer lo que estoy haciendo ahora. Soy él, pero muero como un héroe, sin extender décadas y décadas inútiles para sucumbir en la deshonra de la fiebre amarilla. ¡Yo ajusticié a un traidor de la patria! ¡Yo soy el verdadero Cayetano Grimau!*

En tiempos en que escasean los héroes, José Antonio Grimau continuó la tradición familiar manteniendo en alto el nombre de sus antecesores. El primer eslabón Grimau, algo borrado por la ominosa pluma de la historia y las clásicas leyes del olvido a las que estamos sometidos los hombres, se llamó Francisco. Se había afincado en las islas Canarias, según certifica el Cronista y Decano Rey de Armas Don Vicente de Cadenas y Vicent, y era dueño de un escudo heráldico.

De niño, José Antonio había memorizado ese dato aportado por su padre. La historia de ese testimonio, probablemente descendido de los barcos y relatado una y otra vez por innumerables voces ajadas a lo largo del tiempo, se convirtió en leyenda. No obstante, José Antonio se ocupó de certificarlo acudiendo al Archivo Nacional.

El segundo Grimau del que se tenga noticia había llegado durante la Colonia y, según consta en el registro Nacional, se llamó Cayetano Grimau y Gálvez. La necesidad de fuerzas militares en la época lo había convertido en oficial del octavo regimiento. Apañado por Liniers, combatió con apenas once años en las Invasiones Inglesas. A los veintiún años, la historia lo nombró “el chasqui de la Independencia”.

Cayetano, nuevamente, se llamó el tercer Grimau. El cuarto, el chacarero Cipriano, fue quien se instaló en Los Surgentes, según consta en el registro notarial de un caserío vecino, mucho antes de que el francés Carlos Sauberán donara

tierras para cimentar ese pueblo. Comprar campos en Córdoba en esa época era una bicoca francesa.

Ramiro fue el quinto y vivió en Córdoba en los tiempos del presidente Ramón Castillo. Le tocó ser conscripto y marchar junto a la guarnición de Campo de Mayo para derrocar al Gobierno. No entendía mucho de política ni de batallas. Le habían asignado la misión de llevar agua para los cañones, en el verano y de a pie, pero invadido por la sed se la había ido tomando en el camino, además de convidar a los soldados. Por ventura los cañones nunca tuvieron oportunidad de ser disparados y aquello terminó siendo un paseo por Buenos Aires. Cuando regresó a su provincia tuvo un hijo, José Antonio, quien terminó viviendo, por obra de la casualidad, en Los Surgentes, la villa que habían habitado sus antepasados, un campo antiguamente llamado Cabeza de Tigre.

José Antonio cursó estudios como seminarista en la ciudad de Córdoba, pero no pudo alcanzar el tercer año; su renuncia marcó el regreso a Los Surgentes. Allí, la providencia quiso que conociera a Ana, que se casaran casi de manera inmediata y que al mismo ritmo tuvieran dos hijos.

El apellido Grimau persistió en el país a través de seis generaciones y Cayetano se transformó en la gota de sangre preciada de la historia familiar. José Antonio, orgulloso de su estirpe, tenía por costumbre contarles a sus hijos cómo Cayetano se había codeado con armas antes que con juguetes, cómo sus cartas de presentación habían sabido ser la puntería con el trabuco y la destreza con la espada. Les hablaba de Liniers y de la admiración que este sentía por aquel jovencito, casi un niño, capaz de trasladar a un prisionero inglés desde Quilmes hasta Ensenada –resulta difícil imaginar que el mismo Liniers le haya dado la orden, que el chico la haya cumplido e incluso que haya recibido de sus manos la medalla al valor, pero estas mismas cosas las había aprendido José Antonio de su padre durante las noches de infancia–. Había aprendido y les contaba a sus hijos que Liniers quiso morir con los ojos abiertos, mirando a sus matadores, y que alguien escribió, aquí cerquita, en Cabeza de Tigre, sobre el tronco de un árbol las iniciales de

los cinco fusilados: CLAMOR, aunque la O del obispo Orellana se salvó porque la Junta conmutó su pena.

Les contaba que el clamor de los moribundos siempre sería escuchado por Dios, aunque sus designios no puedan ser comprendidos por nuestras mentes.

Ramiro solía sentarse al borde de la cama de José Antonio y pintar con lenguaje campero los atributos del héroe Cayetano. Su teoría era que cada persona tenía asignado un casillero hermético, de vidrio. Que todos nos observamos detrás de esa transparencia. Se comparaba con un insecto; decía que unos y otros agotan –agotamos– el casillero autoprefijado para vivir. Lo hacen y lo hacemos –decía– buscando una salida, intentando trepar por los lados hasta gastarlos de puro obstinados.

Una idea se había filtrado día tras día en la cerrazón del casillero de José Antonio Grimau. Ese pensamiento abonado con el silencio cotidiano le fue confiriendo sentido a su vida: la venganza.

Tucumán era una fiesta. La celebración de la Independencia de las Provincias Unidas de Sud América se prolongaba en noches de desvelo. Se amanecía chayando y se anochecía con chicha y canto entristecido bajado del cerro. Cinco mil milicianos a caballo, hombres de Güemes, armados de lanzas, sables, lazos, boleadoras, algunos con fusiles. También estaba allí el General Belgrano arengando al pueblo, con la promesa de la restitución imperial de los incas.

Dos días habían pasado desde el Congreso y la jura de los diputados. Dos días de festejo y borrachera. Cayetano Grimau había llegado una semana antes trayendo cartas de Pueyrredon para los diputados, recomendaciones, tal vez algún secreto bizarro de la historia. Esa noche el chasqui descansaba en una tapera, prestada por la familia Padilla.

Casi al alba, dos soldados con cara aindiada y acullicos en el buche se apearon en la finca y aporrearon sin pudor la aldaba, quizás ofuscados por tener que interrumpir los festejos para cumplir a esas horas con una encomienda. Mientras esperaban, el zaino de Grimau sacudió la cabeza y relinchó como diciendo “estas no son horas, amigos”. Cayetano alcanzó a vestirse con el calzoncillo blanco de lino con flecos y fue directo a la puerta. Los soldados no se demoraron siquiera en el saludo y recitaron con voz grave, de memoria y apurados: “Oficial Cayetano Grimau, estamos aquí para encomendarle una misión de mucho riesgo”. Y entregaron las órdenes como

quien se quita un peso de encima. Cayetano quedó atónito en el rellano de la puerta con los papeles en mano. La primera carta llevaba el título de *Instrucciones*; debía regresar a Buenos Aires y entregar los pliegos de papeles destinados al director supremo Pueyrredon, al Cabildo, al brigadier Balcarce y a la Junta de Observación. Entre la documentación viajaba el Acta de la Independencia con la firma de los 29 diputados del Congreso de Tucumán.

El acta, cuidadosamente resguardada dentro de un cuero de cabrito cosido y lacrado, debía llegar a Buenos Aires en un plazo no mayor a quince días. Quince días para galopar mil kilómetros. Le entregaron un cojín sencillo sujetado con varias cinchas, una zalea de piel de borrego, dos estribos y, para pelearle a los caminos, un sable roto y la bendición de la Virgen. Cayetano miró el cuero de cabrito que tenía en una mano, el sable que sostenía en la otra y volvió la mirada hacia ellos, azorado. “Pa’ algo le va a servir, aunque sea para empa-burar al enemigo”, dijo uno de ellos con risa idiota. Después montaron y se fueron retumbando un silencio mañanero de patas. Todavía entredormido, los vio alejarse y fue a refrescarse al aljibe; el chorro de agua helada cayó como una feliz guillotina al pensar en el largo camino que lo esperaba.

La misión venía a interrumpir los amores con una chinita tucumana, así que aprovechó esa misma mañana para cabalgar hasta la casa de Nuna y despedirse. De paso, compró algunas provisiones para el viaje: lenguas de vaca, bizcochos, queso, tabaco, yerba, varias chucherías. Regresó a la caída del sol, preparó los bultos para la próxima salida, comió algo y se echó en un jergón sobre el suelo de tierra.

Entre sus sueños se coló el rumor de unos pasos. Nuna había burlado la prohibición de los padres y se había encaminado hacia allí. El crujido de las piedras bajo sus pies se prolongaba en un eco bajo la tierra. La puerta estaba abierta, entró sin llamar y sin que la vieran. Él dormía. Por la ventana entraba un profundo silencio coloreado por la luna. Nuna se acercó y lo contempló; todavía dormido, Cayetano la presintió, la olió entre sueños, luego la pensó y, por último, abrió los ojos.

Las pulsaciones parecían atravesar la piel manifestándose en una exaltación plena. La inminente partida aceleraba el deseo y precipitaba el acto. Nuna se desnudó sin decir palabra. Tenía las piernas delgadas y largas, y los pechos, como pimpollos granates, se erizaban en punta infundiendo respeto. Se escondió debajo de las sábanas y se hubiese escondido debajo de la tierra para que nadie la viera. Se acopló como si siempre hubiese vivido en ese otro cuerpo. Cayetano la enlazó con brazos largos como en un rodeo y, cuando ella se sosegó, una bocanada de aire de palabras llegó al oído de él contándole en un susurro que era virgen; también, su deseo de que fuese el primero. Entre esos dos mundos, o más bien en la mitad de ambos, se abrió para él, tensa, y le dijo al oído que tenía miedo. Él dejó de ser un ángel dormido para transformarse en un toro nervioso.

—¿Quieres que esperemos hasta mi regreso? —preguntó.

—No —dijo ella.

La luna cayó como un ancla sobre los dos cuerpos desnudos. A lo lejos se oía una delgada voz coplera, único testimonio de que aún estaban en la Tierra. Ella lo envolvió con su cuerpo y lo sintió derramarse sobre sus piernas. Él se durmió y ella miró su sueño hasta antes del amanecer. Lo despertó a puros besos y volvió a ensayar una vez más aquello que la primera vez no había llegado a disfrutar. Él la devoró como para llevársela a los caminos. Los dos, desnudos, lentamente fueron deteniendo el jadeo y descansaron. Nuna le daba la espalda y él, casi sentado, la contempló. Bella, al alcance de sus manos.

Todavía no amanecía y dormitaron un rato, retozando esa modorra propia de los comienzos del amor. La juventud es desmesurada para los sentires y no hay lugar para la tibieza. La vida se debate a cada segundo y libra un combate contra sí misma, contra la degradación del mundo, contra la inauténtica felicidad, contra la egolatría del fracaso.

Se miraron desnudos y se apeticieron una vez más en el beso, pero Cayetano tenía miles de kilómetros por delante, así que se vistieron en silencio, sin saber cómo continuar el diálogo. Grimau ensilló el zaino y montaron ambos, ella con

las piernas de lado. Anduvieron un tramo. Transitaban los preludios infecciosos del amor. Se desabrigaban del estado angelical para sufrir la primera enfermedad. La pureza es una energía reveladora de la oscuridad, una fuente propicia para que los amantes experimenten el egoísmo y la posesión. Aunque no habrá tiempo, porque una noche puede ser un inicio, pero para ellos no habrá segunda; Cayetano lo sabe y Nuna lo intuye.

El viaje fue silencioso, cargado de la incertidumbre que deparan las despedidas. Cayetano prometía y Nuna escuchaba sin soltar prenda. Descendieron del caballo en la entrada de un sendero que conducía al rancho de los padres. No soplaban ni la más leve brisa. Se enhebraron una vez más a la luz de la luna y él partió sin decir palabra. Todavía de noche volvió a atravesar los cañaverales rogando no despertar a una yará o a una lampalagua. Se detuvo un instante y a lo lejos alcanzó a ver una mano haciendo olas en el aire.

Quince días para mil doscientos kilómetros. Cayetano iba tan hermanado a su caballo que, vistos a la distancia, parecían uno solo. Disfrutaba la cabalgata nocturna. En la vastedad, el taconeo de los cascos parecía más real que la noche misma. El campo se le antojaba como un extenso mar sin olas en el que él emergía como Moisés abriendo caminos. Así y todo, kilómetros y kilómetros de luna y horizonte lo obligaban a estar alerta para percibir aquello que permanece oculto detrás de los ojos del campo. Había que cabalgar con los oídos puestos en la tierra. Vista y olfato los guiaban. El caballo avanzaba con la cabeza y el hocico atentos a posibles jaurías o al salto mortal de un jaguar sediento. El jinete iba pendiente de la presencia de los indios, celosos de sus territorios, y de la aparición de maleantes.

Cayetano detuvo el zaino y se echó a la tierra, hundió la nariz entre las hierbas hasta roerlas, intentando encontrar un indicio del próximo ataque. Nada. Volvió a montar y de golpe, casi sin notarlo, una brisa trajo el aroma de Nuna, mezcla de durazno maduro con río. Cerró los ojos y la imaginó desnuda. *Qué chinita esa*, soltó en voz alta y se quedó evocando el alba

entrelazada de manos y sudor de la noche anterior; de manos suaves, de caminos blancos. Para no pensar, quizá para quitársela del cuerpo, gritó ¡Arre! El zaino estiró las patas dejando huellas como estrellas en el cielo, que revelaban que allí había habido un cuerpo y que aquella marca quedaría hasta que el viento se la llevara. Solo al aire se le puede creer. La brisa transporta infancias, recuerdos y, a veces, hasta la muerte. El aire lleva y trae, los que se cansan son los hombres.

Al cruzar un río, al zaino le entró agua en las orejas y, parado en dos patas, comenzó a sacudir la cabeza hacia ambos lados. Solo cuando el caballo se calmó y regresó al pisado susurrar de las chicharras, a Cayetano se le pasó el susto de caer en la tierra. Se sentía a salvo arriba de ese animal. A los veintiún años ya había experimentado lo que se siente cabalgar en un campo sembrado de cadáveres. También había aprendido que una espada puede cegar al enemigo y que un poncho puede tirarlo de su montura. Mientras, él, desde el caballo patrio, había observado a los enemigos caer como papeles arrojados por el suelo. Había conocido las pesadillas con sangre hostil en sus manos, oído los gritos ahogados de los heridos que no van a ninguna parte porque están más solos que el mismo día en que nacieron. Gritos, que se pierden en el aire al tiempo que se pierden los cuerpos en la tierra, ensartados con espadas o lanzas, quemados por el fuego de las municiones, sepultados en fosas comunes, tristemente olvidados. No le horrorizaba tanto la muerte como la ingratitud de tapar una víctima con otra y en ese instante perder el nombre. Le aterraba ser un cuerpo desnudo a la mirada de los otros, desnudo y roto después de la batalla, hecho carroña en el abandono, en una tierra incendiada que en otros tiempos había sido suelo verde pastado por vacas. Cuando el recuerdo se le hacía insoponible, secreteaba en el silencio de la noche.

Se distraía contándole historias al caballo. De cuándo y cómo había conocido a Santiago de Liniers, de cómo ese militar había transformado un pueblo en un ejército, de cómo repartía órdenes y le arrojaban pañuelos de los balcones. *Yo fui como su hijo*, le decía. Todos, absolutamente, hasta los comerciantes

gordos y siesteros, arriesgaron sus vidas en la defensa de Buenos Aires. *Ese franchute sabía despertar el arrojo allí donde siempre había estado el vacío. No se merecía ese final en Cabeza de Tigre. El sable en alto de Castelli. La vergüenza frente a la mirada de todos. El peor de la clase o el patriota que mira de frente y que pide que no le venden los ojos para poder llevarse el recuerdo de sus asesinos. El grito de: ¡Fuego! La descarga certera del fusilamiento. Los cuerpos caen y el tiro de gracia. Si se pudiera contar el fusilamiento, quizá los asesinos llorarían como niños.*

Cada seis u ocho leguas había una posta. El asunto era no perderse. Para eso, de noche se guiaba por las estrellas y de día por los árboles y las aguadas. Cayetano decía que, como los hombres, existen dos clases de estrellas: las que se dejan ver y las que permanecen en la oscuridad. Él se identificaba con estas últimas, aunque le dolía haber abandonado el gusto por el brillo. La cabalgata en la noche era una invitación a pensar, aunque más no fuera hasta el amanecer, la hora en que los maleantes se despertaban con hambre.

Cayetano decía con orgullo que había nacido para chasqui. No cualquiera podía andar durante horas, incluso demoler pingos si era necesario para cumplir una misión. Se jactaba de haber hecho catorce noches para llegar a Buenos Aires, atravesando Santiago, Córdoba y Santa Fe. Los maestros de posta lo reconocían desde lejos por su trote elegante y le preparaban la noche a cielo abierto. Despertaba con las primeras luces y con el olor que irradia el cielo en la noche. Cuando los caminos se hacían inciertos a causa de las lluvias, un postillón lo acompañaba unos kilómetros hasta que recobraba la certeza. El pensamiento se esclarecía avanzando. Al buen chasqui no lo detenían ni las lluvias ni los ríos. Le gustaba conversar con el caballo en la soledad de los campos. A veces, hasta cabalgaba dormido.

Llegaron a Talacocha, en Santiago del Estero, agotados. Le había tocado un julio caluroso. El zaino se veía exhausto porque en el apuro Cayetano había salteado dos postas; ahora, ni él ni el caballo podían seguir sin descansar. La gente seesteaba debajo de los árboles. El calor era tal que ni siquiera

los escucharon llegar. El zaino conocía al maestro de posta y de puro atrevido le acercó el hocico a la cara. El paisano despertó asustado como espantando moscas.

–¡Putá, chango! ¡Qué alegrón verlo por aquí! –dijo.

Cayetano se apeó y lo abrazó. Las mujeres despertaron y en minutos el fuego estaba listo para echar la carne a la parrilla.

–Acuéstese y descanse, hombre, por lo menos hasta que le sirva el asado.